

PREÁMBULO

Los dones del presente, a la vez únicos y vinculados a una continuidad que se remonta muy atrás en el tiempo, las devociones que tienen que ver con seres queridos o lugares o paisajes amados, unos pocos principios de raigambre clásica o humanista, viejos mitos que no han dejado de alumbrarnos y el ideario ético y estético de una dedicación que combina la temprana vocación, el placer y el imperativo moral, son los ejes sobre los que se articula esta colección de prosas líricas y microensayos, por así llamarlos, que vieron la luz como pretendidos artículos —pertenecientes a la serie *Postrimerías*— y se ofrecen aquí acompañados de un relato inacabado e inacabable, *El sueño de Grecia*, que guarda con los primeros una relación no siempre o del todo expresa, pero en ciertos aspectos íntima, en tanto que traza como aquellos un autorretrato indirecto.

Deliberadamente inactuales, los textos reunidos en *Los días sagrados* conforman un libro extraño y mentiría si dijera que no he dudado a la hora de entregarlo a las prensas, pero a estas alturas del trayecto, ya rebasado el inverosímil medio siglo, no tenía sentido resistirse. Revisándolos para la edición, veo que la antología, aunque necesariamente incompleta y a ratos caprichosa, recoge no pocos de los asuntos que me han interesado desde hace mucho, bien que en clave sentimental o a veces irónica, y que dentro de su

buscada brevedad y con todas sus limitaciones viene a reflejar un itinerario o también, a grandes rasgos, una manera de ver el mundo, sea a través de la propia experiencia o de la vida regalada de la literatura.

Así a ojo, calculo que habré publicado entre dos y tres mil artículos a lo largo del último cuarto de siglo, la mayoría de ellos recensiones de libros. Podría haber recuperado bastantes que no lo son en rigor, por ejemplo los dedicados a autores o temas predilectos, pero he preferido dejar fuera la crítica estricta y ceñir la selección a la mencionada serie, de la que la presente muestra ofrece sólo una pequeña parte. El título de la columna, *Postrimerías*, que en un principio iba a ser también el de este libro, lo elegí no por sus resonancias crepusculares, que tampoco me disgustan, sino porque siempre me pareció una palabra bonita, y también o sobre todo porque los dos impresionantes *jeroglíficos* de Valdés Leal a los que asociamos el término —custodiados en la Iglesia de San Jorge, junto al Hospital de la Caridad— se encuentran muy cerca de la calle donde nací, que desde el siglo XIX lleva el nombre del pintor sevillano.

Las prosas que integran las cinco secciones de *Los días sagrados*, conectadas, según se verá, por algunas imágenes e ideas recurrentes, aparecieron publicadas originalmente como artículos de los llamados «de opinión» —y como tales contravienen, me temo, todas las reglas del género, si es que existen tales reglas— entre los años 2015 y 2022. A ellas he sumado, a modo de cierre o epílogo, un artefacto que fue publicado por entregas en agosto de 2017, como dudoso o renuente

«relato de verano». Escribí los siete episodios, entre el ensayo, la narrativa y la autobiografía fingida, un tanto agónicamente, como de costumbre, más urgido por los plazos que por convicción o necesidad. Recuerdo que a última hora cambié la entradilla, cuando releí con horror en las pruebas la semblanza personal que me habían pedido, por esta que reproduzco a continuación, en la idea de que puede valer como presentación también ahora: «Hace años, en un momento de debilidad, el autor se comprometió a escribir para unos colegas, ya por fortuna retirados del oficio, un libro improbable del que sólo tenía claros el título, *El sueño de Grecia*, y la borrosa identidad de su protagonista, el joven H. Este relato homónimo, que no es propiamente un relato, recrea algo de lo que pudo ser aquel libro no escrito, un viaje que tampoco es un viaje donde se mezclan el tiempo de la Antigüedad y su proyección en un presente igualmente remoto». El delito está perpetrado, en definitiva, y asumo hoy el rescate desde la fatalidad, con una mezcla de temeraria despreocupación y piadosa autoindulgencia.

Son sagrados los días, sí, en todos los sentidos que sugieren algunas de estas páginas, pero no lo afirmo desde la convicción de quien ha llegado a la beatitud sino desde la posición incierta e inestable, no libre de las asechanzas de la melancolía, del que se bate a diario por no olvidar esa verdad sencilla, tan a veces escondida o inaccesible. Un hombre solo, una mujer, no son nada. Más allá del estrecho ámbito de las relaciones con las personas que nos rodean, los contemporáneos convivimos con quienes nos precedieron,

mágicamente hermanados en un espacio —lo percibimos en los sueños, en los ciclos naturales, en la cultura que trasciende la actualidad inmediata— donde la memoria personal se une o asimila a la memoria de las generaciones. Si abrimos el campo, como el que viaja en el tiempo sin moverse del ahora, vemos mucho más de lo que se aprecia a primera vista.

LOS DÍAS SAGRADOS

I
LOS DÍAS SAGRADOS

SUEÑOS SON

No somos el tiempo que nos queda, sino el que está pasando ahora mismo y se derrama y se pierde, como agua entre los dedos. No importan los días venideros ni sus mil promesas más o menos insensatas, sino la mañana de hoy, su luz clara o velada, su verdad incontestable. El mundo se renueva de continuo o simplemente *sucede*, sin otro misterio que su obstinada voluntad de perpetuarse. Cada instante ofrece la posibilidad de la plenitud y en lo real, que es la hora presente, se ubica el único paraíso que nos ha sido dado conocer. No existieron las edades de oro ni volveremos a los huertos del Edén ni disfrutaremos nunca, aunque creamos merecerla, de una dicha ininterrumpida. Demasiado bien lo sabemos y, sin embargo, nos dejamos arrastrar sin resistencia e incluso con placer fuera de las coordenadas que señalan el aquí, ahora. Estimulantes o consoladoras, las ensoñaciones pueden ser benéficas o hasta fecundas. No hay nada pernicioso en permitir que el dominio de la fantasía usurpe los terrenos, no siempre diferenciados, de lo que llamamos realidad inmediata, eso que en ocasiones sentimos tan ajeno, como si le ocurriera a otro. Todos hemos experimentado alguna vez esa sensación de extrañeza y de hecho hay quienes la han asumido hasta tal extremo que se desenvuelven como dobles de sí mismos, suplantando a la persona que fueron —o creyeron o quisieron ser— antes de acomodarse al simulacro. Enfrentado a lo posible, el

horizonte de las ilusiones se reduce o aleja o desplaza a la vida eterna, pero la obligada conciencia de los límites no se opone al vuelo —a un tiempo desasosegante y liberador— de los pájaros en la cabeza. Se habla del escapismo como de algo nocivo, aplicado a la actitud de quien se evade para no afrontar lo que tiene delante, pero el de la imaginación es un territorio soberano —el único inviolable— y en él podemos huir adonde nos parezca sin mayores duelos ni quebrantos. Nos bajamos del mundo, como en el chiste, y recorremos esa parcela íntima en la que hallar alivio o resguardo. La nostalgia, tan prestigiosa, no conduce a ningún sitio confortable. Las ciegas esperanzas, de las que habla el Prometeo de Esquilo, pueden ser espejismos o conducir a callejones sin salida, pero en ellas se cifra la dimensión específicamente humana —trágica, porque no se contenta con existir sin más— que nos distingue de las criaturas inanimadas. No estorban los anhelos, si se refieren a la pura tierra. Los sueños son parte de la impedimenta y a ellos nos entregamos —locos pero cuerdos, como el hidalgo— sin dejar de habitar los días.

JANO

Como el dios del que toma el nombre, el mes primero del año —que para los latinos de los tiempos remotos empezaba en marzo— tiene dos caras, una que mira hacia atrás y otra que lo hace, porque no hay más remedio, hacia delante. Los bustos de Jano bifronte, símbolo de las puertas que se abren o que se cierran, de los principios y de los finales, sugieren la idea de tránsito o de movimiento, muy apropiada para una época como la nuestra que proscribe la quietud y cree en el cambio —presuponiendo que la mudanza se traduce siempre en mejoría— de un modo obstinado, casi supersticioso. Aunque no sin razón devaluada, la idea de progreso, que parte de la creencia en la ilimitada perfectibilidad de los individuos o de las sociedades, sigue actuando como un poderoso estímulo e inspirando —también— toda suerte de quimeras, pues de hecho no es fácil saber con certeza si se avanza o se retrocede, si andamos o desandamos o damos pasos, como en las cintas correderas, sin movernos del sitio. Lo queramos o no, enero señala un hito en los calendarios personales y ya desde el primer día parece que somos un año más viejos, aunque no lo cumplamos sino meses después y por lo demás no importe demasiado. Hablan como de costumbre de la famosa cuesta, pero no hay tal o de haberla —como es arriba, es abajo y a la inversa, dicta la sabiduría hermética— tiene poco que ver con el estado permanentemente calamitoso

de las cuentas corrientes. Otra vez estrenamos tarde las agendas, que están todavía casi en blanco, pero es así como lucen más bonitas y no habrá en ellas, cuando pasen las hojas, más que plazos y urgencias que no quieren decir nada. Infinita distancia de las cuestiones que llaman importantes y acaso lo sean, de la actualidad que parece de broma o no tiene gracia en absoluto, del ruido de los medios y de los líos absurdos que ocupan la mayor parte de sus páginas. Pereza de hacer planes, deseo de dejar la cabeza en blanco, añoranza de la fe que no mueve montañas. No el progreso, sino la regresión a no se sabe dónde, pero lejos y atrás, muy atrás en el tiempo. Demasiado pronto y sólo por unos momentos, como en una fugaz estampa impresionista, el sol de poniente ha incendiado los jazmines, aún generosamente florecidos. Al otro lado del balcón se oyen, como todas las tardes, las benditas voces de los niños jugando. Entran ganas de dejar los papeles a un lado —o de dejarlos para siempre— y de bajarse a gritar como ellos sin pensar en nada.